



UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA
SEDE CUENCA
CARRERA DE TEOLOGÍA

LA CREDIBILIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS EN EL CONTEXTO
CONTEMPORÁNEO

Trabajo de titulación previo a la obtención del
título de Licenciado en Teología

AUTOR: JORGE ENRIQUE LINO GÓMEZ

TUTOR: LCDO. BYRONE MAURICIO TOMALÁ CALDERÓN

Cuenca - Ecuador

2025

**CERTIFICADO DE RESPONSABILIDAD Y AUTORÍA DEL TRABAJO DE
TITULACIÓN**

Yo, Jorge Enrique Lino Gómez con documento de identificación N° 0924740939, manifiesto que:

Soy el autor y responsable del presente trabajo; y, autorizo a que sin fines de lucro la Universidad Politécnica Salesiana pueda usar, difundir, reproducir o publicar de manera total o parcial el presente trabajo de titulación.

Cuenca, 28 de febrero del 2025

Atentamente,



Jorge Enrique Lino Gómez

0924740939

**CERTIFICADO DE CESIÓN DE DERECHOS DE AUTOR DEL TRABAJO DE
TITULACIÓN A LA UNIVERSIDAD POLITECNICA SALESIANA**

Yo, Jorge Enríquez Lino Gómez con documento de identificación N° 0924740939, expreso mi voluntad y por medio del presente documento cedo a la Universidad Politécnica Salesiana la titularidad sobre los derechos patrimoniales en virtud de que soy el autor del Artículo académico: “La credibilidad de la resurrección de Jesús en el contexto contemporáneo”, el cual ha sido desarrollado para optar por el título de: Licenciado en Teología, en la Universidad Politécnica Salesiana, quedando la universidad facultada para ejercer plenamente los derechos cedidos anteriormente.

En concordancia con lo manifestado, suscribo este documento en el momento que hago entrega del trabajo final en formato digital a la Biblioteca de la Universidad Politécnica salesiana.

Cuenca, 28 de febrero del 2025

Atentamente,



Jorge Enrique Lino Gómez

0924740939

CERTIFICADO DE DIRECCIÓN DEL TRABAJO DE TITULACIÓN

Yo, Byrone Mauricio Tomalá Calderón con documento de identificación N° 0916862170, docente de la Universidad Politécnica Salesiana, declaro que bajo mi tutoría fue desarrollado el trabajo de titulación: LA CREDIBILIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS EN EL CONTEXTO CONTEMPORÁNEO, realizado por Jorge Enrique Lino Gómez con documento de identificación N° 0924740939, obteniendo como resultado final el trabajo de titulación bajo opción de Artículo académico que cumple con todos los requisitos determinantes por la Universidad Politécnica Salesiana.

Cuenca, 28 de febrero del 2025

Atentamente,



Lcdo. Byrone Mauricio Tomalá Calderón

0916862170

Dedicatoria

A San Francisco de Asís, el primer santo cuyo testimonio de vida me hizo conocer, creer y amar a Jesucristo.

Agradecimiento

Quiero expresar mi más sincera gratitud a todas las personas que hicieron posible la realización de este ensayo académico.

A mi madre, Norma, y a mis hermanas Roxana y Lorena, quienes, con su amor, apoyo y sacrificio, han sido mi pilar fundamental en todo momento. Gracias por creer en mí y por motivarme a perseguir mis sueños, incluso cuando las circunstancias parecían desfavorables.

A mi tutor, Byrone Tomalá, por su valiosa orientación, acompañamiento y dedicación a lo largo de este proceso. Sus consejos y conocimientos han sido indispensables para la culminación de este trabajo.

A mi amiga y compañera de estudio, Mercy, por compartir conmigo sus experiencias, alegrías y retos, haciendo este viaje académico más enriquecedor y llevadero.

Finalmente, quiero agradecer a la Universidad Politécnica Salesiana, en la persona de la Dra. Verónica Loor, por brindarme la oportunidad de crecer académica, pastoral y personalmente, proporcionándome el apoyo y las herramientas necesarias para alcanzar este logro.

Resumen

Este ensayo aborda el problema de la credibilidad de la resurrección de Jesús en el contexto contemporáneo, donde el racionalismo, la secularización y las ideologías modernas han debilitado la fe en este evento central del cristianismo. Se considera, así mismo, el modo como dichos obstáculos pueden ser afrontados y superados a través de una aproximación que integre evidencias bíblicas, teológicas e históricas. Para demostrar la credibilidad de la resurrección se recurre a argumentos de razón y a fundamentos históricos, bíblicos y teológicos. Se recurre también al análisis documental de textos históricos y extrabíblicos que permiten entender el conocimiento del evento de la resurrección en la antigüedad. Por otra parte, a modo de estudio de caso, se explora la relevancia de la Sábana Santa de Turín como signo moderno que plantea desafíos a la razón sobre el personaje impreso en dicha Síndone. Al final se establecen estrategias pedagógicas para contribuir en la transmisión adecuada del evento de la resurrección enfocado en los jóvenes.

Palabras claves: Credibilidad, historicidad, resurrección, Sábana Santa, pedagogía, secularización, jóvenes.

Abstract

This essay addresses the problem of the credibility of the resurrection of Jesus in the contemporary context, where rationalism, secularization and modern ideologies have weakened faith in this central event of Christianity. The way in which these obstacles can be faced and overcome through an approach that integrates biblical, theological and historical evidence is also considered. To demonstrate the credibility of the resurrection, arguments of reason and historical, biblical and theological foundations are used. Documentary analysis of historical and extra-biblical texts is also used to understand the knowledge of the event of the resurrection in ancient times. On the other hand, as a case study, the relevance of the Shroud of Turin as a modern sign that poses challenges to reason about the character printed on said Shroud is explored. In the end, pedagogical strategies are established to contribute to the adequate transmission of the resurrection event focused on young people.

Key Words: Credibility, historicity, resurrection, Holy Shroud, pedagogy, secularization.

Índice

1. Introducción.....	9
Planteamiento y formulación del problema	10
Argumento central del ensayo o hipótesis	10
Justificación.....	11
Objetivos: general y específicos.....	11
Metodología	12
Estructura	12
2. Desafíos filosóficos y teológicos contemporáneos en torno a la credibilidad de la resurrección.....	13
Caracterización del contexto contemporáneo	13
Características culturales y sociales de la modernidad	13
Secularización, ideologías y escepticismo religioso.	13
Los jóvenes y su relación con la fe cristiana.....	15
Jóvenes y vida religiosa	15
Dificultades de los conceptos teológicos fundamentales	17
El pensamiento contemporáneo en torno a la resurrección.....	18
Críticas filosóficas y culturales.	18
Las críticas materialistas y posmodernas	19
A modo de conclusión.....	21
3. Fundamentos históricos, teológicos y pedagógicos como aproximación a la credibilidad de la resurrección y su enseñanza.....	22

Fuentes del conocimiento histórico sobre Jesús: extrabíblicos, bíblicos y	
patrísticos.....	22
Testimonios extrabíblicos.	22
Posturas sobre la resurrección y sentido de su historicidad	23
El testimonio del Nuevo Testamento y Patrístico	25
Los textos neotestamentarios que hablan sobre la resurrección.....	26
Evidencia bíblica, histórica y los signos de credibilidad de la resurrección ...	28
Evidencias bíblicas e históricas sobre la resurrección	28
Evidencias bíblicas.....	28
Evidencias históricas	30
Signos de credibilidad sobre la resurrección.....	32
Perspectivas pedagógicas como aporte a la credibilidad de la resurrección ...	35
La experiencia pedagógica de Romano Guardini en la transmisión de la fe	
.....	35
Necesidad de una profunda formación en los catequistas según Ratzinger	37
El testimonio personal como signo de credibilidad	37
4. Conclusión.....	39
5. Referencias bibliográficas	41

1. Introducción

Este ensayo aborda un problema crucial: la credibilidad de la resurrección de Jesús en el contexto contemporáneo, donde el racionalismo, la secularización y las ideologías modernas han debilitado la fe en este evento central del cristianismo. El escepticismo hacia los fundamentos del cristianismo ha crecido significativamente, afectando especialmente a las generaciones más jóvenes. El mismo Papa Francisco señalaba a partir de una mera observación cómo la participación en la Misa dominical reflejaba solo un 1% de la población de una parroquia cualquiera (El Debate, 2024).

Además, la era de los *media* y las pantallas han contribuido a desarrollar una percepción vacía sobre la realidad que produce personas pasivas y sin cuestionamientos profundos. Es la era de la imagen donde todo parece reducirse a una puesta en escena, o a un *post* de *Tik tok*. En este ambiente esnobista, una categoría teológica como el de resurrección no tiene mayor cabida, creando, de este modo, una dificultad a la hora de conocer los principios de la fe, especialmente en los jóvenes. Se puede escuchar hablar sobre el tema, en la catequesis, por ejemplo, o en clases de religión, pero la esencia del contenido que se quiere transmitir, muchas veces, queda lejos de la comprensión y de alimentar la fe de los participantes.

Por otro lado, la teología en la época moderna se vio muy influenciada de la filosofía nominalista, que, en algunos aspectos, vaciaba de contenido la realidad del dogma, reduciendo sus postulados a aspectos meramente simbólicos (Puy, 1972). Otras influencias, también de carácter racionalista, derivaron en novedades interpretativas como el Existencialismo de Heidegger y Sartré; y, en el idealismo de Rudolf Bultmann, quien pretendió “desmitologizar” la fe, provocando una reinterpretación de los dogmas (Kapkin, 2022). También, corrientes como el Modernismo, condenado por Pío X en la *Pascendi dominici gregis* de 1907, relativizaba los dogmas haciéndolos depender de la evolución de la cultura.

Las consecuencias de la influencia nominalista-racionalista en la teología generaron corrientes como la Teología de la Secularización en pensadores como Cox H. (1972) que promovía la idea de que el cristianismo debía adaptarse a un mundo secularizado, alejado de la trascendencia y lo sobrenatural. También, la Teología protestante liberal, influenciada por Schleiermacher, enfatizó la experiencia religiosa individual por encima de las verdades dogmáticas. Finalmente, en el siglo XX, el

Marxismo y la Teología de la liberación apuntó a un énfasis político, social y económico de la reflexión teológica que favoreció, por tanto, una visión inmanente y sociológica de la fe. La Teología, entonces, se debilitó a la hora de poder transmitir de manera profunda los contenidos reales de la fe sobrenatural.

Planteamiento y formulación del problema

El contexto apenas esbozado influye en la perspectiva contemporánea con relación a la credibilidad de la resurrección de Jesús, dado que plantea un desafío histórico y teológico. Por un lado, la Historia se basa en hechos fácticos y comprobables, lo que lleva a cuestionar en qué pruebas podemos fundamentar la afirmación de que Jesús resucitó. Por otro lado, también enfrenta críticas filosóficas que buscan reducirla a un simbolismo o una creencia subjetiva un aspecto de tanta relevancia como el hecho mismo de la resurrección. El choque contemporáneo que resulta se da entre la posibilidad de creer y en la categoría teológica de la resurrección y la postura que considera como válido solo aquello que es verificable a partir de los sentidos y la evidencia. El contexto contemporáneo, por tanto, presenta dificultades para creer en la Resurrección de Jesús.

El problema aquí planteado nos permite formular la siguiente pregunta central que conducirá el desarrollo de este ensayo, a saber: ¿Qué características tiene el contexto contemporáneo que dificultan creer en la resurrección de Jesús, especialmente entre los jóvenes; y cómo se puede responder a partir de argumentos convincentes? Este ensayo buscará analizar esta interrogante y brindar una respuesta integrando razón y fe. En esa misma línea, se plantean otras cuestiones más específicas, a saber. ¿Qué entendemos cuando hablamos de contexto contemporáneo y cuál es la relación de los jóvenes con la fe cristiana?, y también, ¿qué argumentos teológicos y científicos podemos esgrimir para demostrar la posibilidad de la credibilidad en la resurrección?

Argumento central del ensayo o hipótesis

El contexto contemporáneo, caracterizado por el asalto de las ideologías, marcado por el escepticismo y la tecnología, presenta obstáculos específicos para la credibilidad de la resurrección de Jesús. Estos obstáculos pueden, sin embargo, superarse a través de una aproximación que integre evidencias bíblicas e históricas, los fundamentos teológicos

y filosóficos, y estrategias pedagógicas diseñadas para dialogar con las inquietudes de los jóvenes.

Justificación

Este trabajo busca ofrecer una comprensión renovada y actualizada de la credibilidad de la resurrección de Jesús. Siendo la resurrección el núcleo de la fe cristiana y el fundamento del kerigma de los primeros discípulos, el presente ensayo, puede ser un aporte para aquellos agentes de pastoral que trabajan con los jóvenes que buscan en la Iglesia respuestas a sus interrogantes existenciales.

Al mismo tiempo, este ensayo encuentra su motivación principal y pertinencia en el contexto de la era tecnológica que inunda la sociedad actual, y que, usualmente, busca manipular el pensamiento a través de los algoritmos de las redes sociales. Se trata de una alternativa a las cavernas modernas que busca dar luz y proveer de sentido los intentos de manipulación y vaciamiento del pensamiento.

Este proyecto, finalmente, espera proponer un estudio de la resurrección, analizando cómo la fe y la razón pueden converger en una comprensión profunda y accesible para el ser humano moderno, especialmente en una sociedad secularizada.

Objetivos: general y específicos

En la línea de lo que hemos indicado hasta ahora, este ensayo busca analizar las características del contexto contemporáneo que dificultan la credibilidad de la resurrección de Jesús, especialmente en los jóvenes, buscando proponer, al final, un esbozo de estrategias pedagógicas que favorezcan la comprensión de la resurrección de Jesús.

Al mismo tiempo, y de modo más concreto, el trabajo busca explicar los cambios culturales, sociales y filosóficos y entender la participación de los jóvenes en la vida religiosa. Así también, intenta mostrar los fundamentos teológicos y las evidencias científicas que den cuenta de la factibilidad de la credibilidad de la resurrección. Finalmente, busca proponer estrategias pedagógicas para la enseñanza adecuada sobre la resurrección enfocada en jóvenes.

Metodología

Esta investigación se desarrolla a nivel exploratorio con un enfoque cualitativo. Para esto será imprescindible el análisis documental de textos teológicos y filosóficos que permitan comprender las características del pensamiento contemporáneo y su relación con la credibilidad de la resurrección de Jesús. Así mismo, los estudios contextuales permitirán analizar los datos socioculturales que describan el escepticismo y la secularización actual, especialmente entre los jóvenes, incluyendo estadísticas sobre religiosidad juvenil, participación en la vida eclesial, y apego a las nuevas tecnologías.

Por otra parte, a modo de estudio de caso, se explorará brevemente la relevancia de la Sábana Santa de Turín como evidencia científica contemporánea que permite el diálogo con las dudas modernas. Al final, se esbozarán breves estrategias educativas basadas en el diálogo, la interacción y las evidencias hasta ahí propuestas.

Estructura

Para intentar responder los planteamientos realizados hasta aquí se realizarán en dos apartados. En el primero se buscará caracterizar el contexto contemporáneo y su impacto en la credibilidad, describiendo el rol de los jóvenes en el ámbito religioso y los desafíos que presenta la resurrección en la actualidad. En el segundo apartado se plantearán respuestas teológicas y pedagógicas ante los desafíos actuales. Se analizarán evidencias y argumentos en el campo científico y se propondrán estrategias pedagógicas para facilitar la credibilidad de la resurrección.

2. Desafíos filosóficos y teológicos contemporáneos en torno a la credibilidad de la resurrección

Caracterización del contexto contemporáneo

Características culturales y sociales de la modernidad

El contexto contemporáneo está caracterizado por profundas transformaciones en los ámbitos culturales, sociales y de pensamiento que definen la modernidad. Cabe precisar que la época moderna es la etapa previa al contexto contemporáneo. En cierto sentido, la modernidad, sentó las bases de los cambios que se han producido en la actualidad. La modernidad se caracterizó por el racionalismo que buscaba interpretar y entender la cultura religiosa que caracterizó la sociedad. Hegel la definía como una “filosofía propia e independiente. [...] erigida sobre bases propias y peculiares que abandona totalmente el terreno de la teología filosofante [...] para situarse al otro lado” (Hegel, en Pérez, 2015, p. 54).

Otra cualidad presente en la modernidad es un enfoque antropocéntrico que ha promovido la autonomía del individuo, separándolo de lo trascendente y arrinconando la religión a un ámbito netamente privado. Según Taylor (2007), “la era secular ha creado un espacio donde el individuo puede elegir entre la pluralidad de opciones, lo que diluye el sentido de lo trascendente” (p. 3).

Estos cambios han dado lugar a una redefinición de valores. La moral, antes fundamentada en principios religiosos, se ha visto sustituida por éticas relativistas y pragmáticas. Este nuevo paradigma dificulta la aceptación de doctrinas sobrenaturales como la resurrección, ya que “lo que no puede ser comprobado por la razón o la ciencia se considera irrelevante” (Habermas, 1985, p. 112). Sin embargo, como reflexiona Ratzinger (2005), “la autonomía humana encuentra su sentido pleno solo cuando se orienta hacia el Absoluta, que da coherencia y esperanza a la existencia” (p. 78).

Secularización, ideologías y escepticismo religioso

En este sentido, el contexto contemporáneo está marcado por los cambios que se caracterizan principalmente por la secularización, el auge de las ideologías y el escepticismo religioso. Este proceso, como es de entender, ha desplazado la religión de

la esfera pública y cultural, donde los movimientos políticos coptados por la globalización hegemónica pretende ofrecer una alternativa a la tradición cristiana que marcó la historia de la humanidad. Como afirma Berger (1999): “La secularización no implica necesariamente la desaparición de la fe, sino su transformación en una experiencia más personal y subjetiva” (p. 23). Esto quiere decir que sin necesidad de haberla desaparecido, la cultura cristiana ya no es la que se impone de modo transversal en la sociedad.

Romano Guardini (1950), indica que “la secularización no solo afecta las estructuras sociales, sino también la percepción del hombre como criatura dependiente de su Creador, llevando al olvido del misterio que sostiene su existencia” (p. 42). Este escenario ha sido exacerbado, a su vez, por las ideologías que promueven los cambios más radicales a nivel individual y político, destacando el discurso de los derechos de las minorías, que atacan a la concepción tradicional y científica del hombre en su esencia. Laje (2022), define el propósito que tiene de fondo la ideología; indica:

La ideología encarna todo un proyecto político. Pero hay algo más. No se trata de política a secas; no se aprecia simplemente un proyecto vinculado a la adquisición o conservación del poder. Lo que se ve es ciertamente más complejo: el poder proyectando y construyendo un hombre en su concepción ideal y una sociedad diagramada conforme a la razón (p. 113).

La ideología, por tanto, constituye una herramienta indispensable en los cambios culturales provocados y afincados en la realidad actual que nace de la subjetividad y la exacerbación de los derechos e intenta imponerse a través de todos los medios posibles.

Finalmente, el escepticismo religioso constituye otro factor que caracteriza la cultura actual. En palabras de Haught (2008), “el escepticismo religioso implica cuestionar la verdad de las doctrinas religiosas desafiando la evidencia de la existencia divina y, a menudo, descartar las narrativas religiosas como productos de la imaginación humana” (p. 15). El escepticismo parece ser una consecuencia natural de la ideología y del racionalismo. Por tanto, su impacto es amplio en la cultura actual. Como es de entender, todos estos factores debilitan la posibilidad de los jóvenes, sumidos en el contexto de la presente cultura, de acceder a un discurso correcto sobre la credibilidad en la fe religiosa, y mucho más difícil puede resultar enfrentar un discurso sobre un tema tan puntual como el de la resurrección.

Los jóvenes y su relación con la fe cristiana

Jóvenes y vida religiosa.

La investigación de Corpus (2013), nos ofrece algunos datos estadísticos con relación a la participación juvenil en la vida religiosa tomando datos de algunos países de América Latina:

En México, entre los jóvenes de 15 a 20 años tan sólo 16.6% y el 37.8% de hombres y mujeres respectivamente, han manifestado participar en alguna organización o asociación de tipo religiosa. En El Salvador, el 22.1% se considera participante activo de alguna instancia religiosa. En Chile, mientras que en el año 2000 el 31.1% no se sentía cercano a alguna religión, en 2003 este mismo hecho disminuyó al 23.1%. En Argentina, del 85.1% de individuos entre 18 y 29 años que afirma creer en Dios, tan sólo el 16.8% lo hace a través de alguna institución eclesial (p. 213).

Como se puede apreciar, los porcentajes muestran una participación interesante de jóvenes en movimientos u organizaciones religiosas; así mismo, es considerable el porcentaje que afirma creer en Dios. Por un lado, no existe un ateísmo generalizado; al contrario, se trata de un número alto de personas que manifiestan tener fe en Dios. Desde esta base se comprende que, de la masa creyente, un 20% más o menos, participe de manera operativa en las actividades creyentes.

Así mismo Correa (2022), refiriéndose a una encuesta denominada *Latinobarómetro*, nos ofrece datos estadísticos sobre países que tienen menor porcentaje de jóvenes creyentes:

La misma encuesta *Latinobarómetro* (2018), indica, que entre el 2013 y el 2017, el número de países que poseen menos de un 50% de católicos va aumentando, pasando de 4 países (Guatemala, Honduras, Nicaragua y Uruguay) a 7 países, agregándose a los anteriores otras tres naciones (República Dominicana, Chile y El Salvador) y a su vez, agrega la misma encuesta, el porcentaje de quienes se identifican como sin ninguna religión, pasó de un 4% en 1995 a un 18% en el 2017. Paralelo a este proceso el *Latinobarómetro* (2021) muestra que, en 25 años de mediciones, los niveles de confianza en las iglesias (cualquiera sea la religión) va en claro descenso, de un 77% de mucha o algo de confianza a nivel latinoamericano, se bajó a un 61% en el 2020 y países como Chile, el descenso es de 41 puntos porcentuales, ubicándose la alta confianza solo en un 31% (p. 207).

Los datos de Correa toman el lado negativo de la participación creyente. Sin duda el dato de que los países que están en un 50% de participación creyente ha aumentado de 5 a 7 es el más preocupante. Así mismo, indica que, en otros tantos países, los niveles de desconfianza en la Iglesia han aumentado. Son datos que nos muestran un contexto sociocultural en el que se encuentran los jóvenes creyentes de la Iglesia Católica en la sociedad actual y que, ciertamente, pueden influir también en ellos.

Los datos son lo que son. Si por una parte es importante analizar el contexto en el que los jóvenes se relacionan con la religión o la fe, no es menos importante destacar el impacto que la fe tiene en la vida de los jóvenes. Diversos son los beneficios y las experiencias que se percibe de dicha relación. Entre otras, la influencia de los valores evangélicos que tocan en los comportamientos sociales; la oración, cuyo impacto interior y psicológico tiende a formar personas equilibradas y sosegadas; la caridad, que impulsa a los valores sociales de solidaridad y comunión.

En este sentido, Cieza et al. (2014), señalan que “los valores y principios espirituales transmitidos a través de la religión pueden contribuir a una mayor cohesión social y a una conducta ética en la vida de los jóvenes” (p. 315). Así mismo indican que:

la religión y la espiritualidad afectan la salud mental y física de las personas, bien sea de forma perjudicial o beneficiosa. Esto sugiere que las prácticas emocionales relacionadas con la espiritualidad, como la introspección y la conexión con algo trascendente, pueden tener un impacto positivo en la salud mental de los jóvenes... Las creencias y valores espirituales pueden ser una fuente de conflicto y búsqueda de significado en la vida de los jóvenes (Cieza et al. pp. 315-316).

En conclusión, la investigación demuestra una alta participación de los jóvenes en actividades de carácter religiosos; además, que el impacto de la religión en los jóvenes resulta más bien beneficioso ya sea por los valores que le transmite, como por la capacidad de participación social en términos de construcción de la cultura y de la paz. En lo que concierne a la credibilidad de la resurrección, puede pensarse en números más reducidos que son aquellos que participan, luego, en clases de religión, catequesis o grupos de estudio bíblico o teológico.

Dificultades de los conceptos teológicos fundamentales

Sumado a lo anterior, la comprensión de la resurrección de Jesucristo está estrechamente vinculada con varios conceptos teológicos fundamentales que, debido a su profundidad y complejidad, presentan dificultades para su asimilación plena en muchos creyentes. Estos conceptos van desde la consideración de las naturalezas divina y humana de Cristo, la realidad del Pecado Original y la Redención, la Vida eterna y la relación entre fe y razón. Además, el mismo concepto de resurrección presenta no pocas dificultades tanto a nivel filosófico y científico, dado el impacto existencial que implica.

La doctrina de la unión hipostática, por ejemplo, que sostiene la coexistencia de las naturalezas divina y humana en Cristo, es clave para comprender la resurrección. Ocariz et al. (2003) indican que “por la unión hipostática, la naturaleza humana de Jesús, que es perfecta, está unida a la persona del Verbo de forma que no constituye una persona humana: no existe en virtud de su propio acto de ser, sino que existe en virtud del ser divino del Verbo” (p. 260). Esta definición, sin embargo, puede resultar abstracta y difícil de interiorizar. Algunos creyentes tienden a enfatizar una de las naturalezas en detrimento de la otra, lo que lleva a interpretaciones incompletas o erróneas. Como explica Rahner (1966), “La resurrección solo puede ser entendida plenamente si se acepta que Cristo, en su humanidad, está unido a la vida divina de manera absoluta” (p. 215).

En el ámbito científico, la resurrección resulta contradictoria con las leyes naturales tal y según el modo como se entiende y se explica en ámbito teológico. Esto implica que en esos círculos sea considerado como algo irracional o mitológico. Cabe destacar que el concepto de resurrección no pretende tampoco ser un fenómeno explicable dentro de los lineamientos de las ciencias naturales, sino un acto de Dios que trasciende la experiencia empírica. Así lo explica Moltmann (1974), diciendo que “la resurrección no contradice la razón, sino que abre la razón a una realidad más amplia que incluye lo sobrenatural” (p. 89).

La comprensión de estos conceptos, a su vez, se torna más difícil sobre todo en el ámbito actual, una época marcada por la realidad virtual, la imagen y la pantalla, que, en cierta manera, desconecta a los jóvenes de la capacidad de relación con la realidad. Así lo refiere Yaguana (2023) “la tecnocultura está llevando a las sociedades a perder su contacto con la realidad física. En lugar de preservar la razón, advierten, hay un proceso continuo de exaltación de los sentidos” (p. 16).

Superar estas dificultades y obstáculos requiere una catequesis y formación teológica que aborde de manera equilibrada los aspectos dogmáticos y existenciales de la resurrección. Esto incluye presentar a los fieles no solo la evidencia bíblica y teológica, sino también las implicaciones prácticas de estos conceptos en la vida cristiana. Como afirma Juan Pablo II (1998): “La fe en la resurrección debe ser vivida no solo como un dogma, sino como una realidad que transforma la existencia diaria” (p. 45).

El pensamiento contemporáneo en torno a la resurrección

Críticas filosóficas y culturales

Las críticas filosóficas a las que aquí haremos referencia se refieren a aquellos aspectos que, en lo que conciernen al tema de la resurrección, entran en conflicto con aspectos que se oponen al sentido común o a los dictámenes de la recta razón. Lo primero es el concepto mismo de credibilidad. Es decir, de entrada, resulta increíble el plantearse un aspecto de tal magnitud, un hombre que resucita, que vuelve a la vida después de estar muerto y sepultado. Credibilidad significa la posibilidad de que un hecho sea creíble, es decir, sea acogido por la razón sin contraposición.

Más en concreto, según la Enciclopedia Herder, la credibilidad se refiere a la “Propiedad de las verdades de la fe, en cuanto que no se puede demostrar directamente si son verdad, puesto que su objeto es sobrenatural, pero sí puede en cierta manera demostrarse que pueden y deben ser creídas por el testimonio de Dios” (s.f.). Por tanto, en este sentido, como afirma Ratzinger (2006), “la razón necesita ser purificada por la fe para evitar caer en un reduccionismo que la aísle de las grandes preguntas de la existencia” (p. 34). La credibilidad, por tanto, si bien se refiere a hechos sobrenaturales, pueden, sin embargo, demostrarse. Pero requieren, según Ratzinger, de una cierta purificación de la razón.

Esto no quita que se presenten no pocas dificultades a la hora de considerar el hecho desde una perspectiva filosófica y cultural. Hume (1984), consideraba los milagros como contrarios con las leyes de la naturaleza. Indicaba: “No hay testimonio suficiente para establecer un milagro, a menos que el testimonio de ese milagro sea de tal tipo que su falsedad sea más milagrosa que el hecho que intenta establecer” (p. 78).

Gómez-Lobo (2008), identifica puntualmente algunos problemas filosóficos que presenta el tema de la resurrección. Por ejemplo, el tema de la identidad de la persona tras la muerte. Pareciera que, si la identidad no se continúa después de la muerte, no se podría identificar al resucitado con el fallecido (Cfr. Gómez-Lobo, 2008, pp. 272-273). El mismo hecho que la resurrección se trate de un simple acto de fe, al no existir evidencias empíricas (Íbidem, p. 275). También, la relación que existe entre alma y cuerpo: por una parte, el alma es inmortal, y, por otra, el cuerpo es mortal, ¿se recrea el cuerpo por completo? (Íbidem, pp. 269-271). El autor reflexiona también sobre la naturaleza de ese cuerpo al resucitar. Aunque ya san Pablo hablaba de un “cuerpo espiritualizado” y ya no un cuerpo material-físico-corruptible, no se entiende con precisión la realidad de este (Íbidem, p. 273).

Desde el plano cultural, lo más acuciante es el escepticismo contra la religión en general, una cultura marcada por prescindir de narrativas de lo sobrenatural, sobre todo en la postmodernidad. Entra aquí también la incredulidad hacia los metarrelatos, relatos en torno al más allá (Lyotard, 1984, p. 24). Esta incredulidad se enmarca en la desconfianza pseudocientífica de todas aquellas propuestas filosóficas o teológicas que buscan ofrecer un sentido último a la existencia humana. El escepticismo científico pone de frente una dificultad para aceptar la resurrección como un evento histórico y trascendente. Por su parte, Ratzinger (1997) responde a estas posturas indicando que la resurrección no plantea solo un hecho histórico en sentido estricto, “sino un hecho que trasciende la historia y abre una nueva dimensión de la realidad” (p. 56).

La respuesta de Ratzinger a los planteamientos filosóficos posmodernos pone en jaque al escepticismo racionalista como la incredulidad posmoderna, ya que entiende la resurrección como una realidad que propone un sentido más profundo tanto para el individuo como para la misma historia.

Las críticas materialistas y posmodernas

Así también, en la actualidad vemos muy extendido el materialismo en diversas expresiones y formas; se identifica, especialmente, en el ánimo consumista de la sociedad, en el cansancio físico y psicológico a causa del trabajo continuo que realizan, que no hay espacio para una vida reposada, sosegada y tranquila que permita al individuo pensar en su trascendencia. Esto no deja espacio para la consideración de temas que tienen que ver con la práctica espiritual y piadosa. Por otro lado, el materialismo científicista, reduce el

conocimiento de fe a ignorancia. En esta línea, Dawkins (2006), sostenía que “la fe en eventos sobrenaturales, como la resurrección, es una concesión a la ignorancia y una forma de rechazar la evidencia empírica” (p. 89). Por tanto, ya sea de manera práctica o teórica, el materialismo tiende a imponerse entre las personas. La resurrección, en este contexto, no entra bajo categorías consumistas, pues se aleja de las necesidades materiales de las personas; tampoco, bajo la concepción del conocimiento científico, pues, esta, no entra bajo las categorías epistemológicas que para ellos tienen valor al no poder ser algo medible o verificable.

El conocimiento de la verdad, así, también resulta relativizado. Toda propuesta es válida, siempre y cuando esté circunscrita en el ámbito personal y debe ser objeto de respeto. El tema de la resurrección puede entrar entre una de esas posibilidades, siempre y cuando se quede al interno de las posturas subjetivas de la fe. Ya Vattimo (1999), afirmaba que la “religión en la era posmoderna debería renunciar a sus pretensiones de verdad absoluta y aceptar su lugar como una interpretación entre muchas otras” (p. 45). El ser una opción entre muchas, el de la resurrección, recalca el carácter relativo con que se percibe hoy la verdad. Más allá de ser una suerte de inclusión aparente, este mensaje relativista afecta el mensaje central de la resurrección que debe ser tratado con objetividad y de modo interdisciplinar.

También, las nuevas ideologías contemporáneas, especialmente el feminismo radical y la teoría de género, han planteado no pocos problemas a la estructura tradicional de la fe. Estas ideologías tienden a imponerse e infiltrarse en los ambientes educativos juveniles y a plantear nuevos modelos de concepción de la persona y de la vida. Butler (1990), por ejemplo, indicaba que “la construcción de género y verdad están profundamente entrelazadas con un sistema de poder que determinan qué historias son válidas” (p. 76). Para la autora, la verdad depende de quien tiene el poder y puede imponerla a su capricho. Obviamente, esto no es así. Aunque, ciertamente, pueden existir regímenes totalitarios que intentan manipular el pensamiento, la verdad es algo siempre presente y objetivo. Solo una mente libre de prejuicios puede acercarse a ella.

El famoso diálogo entre Ratzinger y Habermas, que aborda el tema de la religión y como esta puede entrar en diálogo con las corrientes contemporáneas, puede servir para bajar las tensiones de la polarización en la concepción de la verdad. Ratzinger (2006), en efecto, indica que “la verdad no es un producto de consenso social, sino una realidad que

debe ser buscada más allá de las ideologías” (p. 34). Y, Habermas (2006), indica que las “tradiciones religiosas, pese a su carácter confesional, poseen recursos normativos que pueden enriquecer los debates éticos en una sociedad plural” (p. 78). Por tanto, la fe religiosa, incluida la concepción y credibilidad de la resurrección, pueden responder a cuestiones profundas que honestamente se plantean los jóvenes de hoy, de sus crisis de identidad y del relativismo de valores en que se encuentran.

Justamente, Guardini (1956), indicaba que el ser humano también hoy sigue buscando un “sentido que trasciende lo inmediato, una verdad que ilumine su existencia” (p. 88). Esto plantea la necesidad de entender el acontecimiento de la resurrección, sino también como una respuesta a inquietudes fundamentales que se plantean los jóvenes, y la sociedad en general, en medio de esta cultura contemporánea en la que vive.

A modo de conclusión

Como hemos podido apreciar en este primer capítulo el acercamiento a la resurrección de Jesús, a su credibilidad, enfrenta no pocos obstáculos en el contexto del pensamiento contemporáneo, derivado de posturas racionalistas, materialistas y posmodernas. Estos enfoques sitúan el escepticismo y el relativismo como coordenadas epistemológicas que han influido en la credibilidad del evento de fe que estamos abordando, especialmente en los jóvenes.

Más allá de este contexto contemporáneo, la consideración de la credibilidad de la resurrección sigue aportando respuestas profundas a las inquietudes que las personas tienen en medio del mundo actual, inquietudes que tienen que ver con el valor de la vida, la propia identidad y la misma existencia. Como vimos, Ratzinger y Habermas, apuntan a que el diálogo entre fe y razón sigue siendo hoy un camino para abrir barreras y desatar conflictos creados en la mente de los jóvenes. Estos autores han apuntado que la verdad no está atada al contexto cultural o a posiciones dictatoriales, sino que trasciende ideologías y fanatismos.

Podemos, ahora, abordar de lleno, las principales pistas filosóficas y teológicas que permiten entender la resurrección como un evento creíble y determinante que puede aportar esperanza y fortaleza en el caminar de la fe.

3. Fundamentos históricos, teológicos y pedagógicos como aproximación a la credibilidad de la resurrección y su enseñanza

Fuentes del conocimiento histórico sobre Jesús: extrabíblicos, bíblicos y patrísticos

Testimonios extrabíblicos

El conocimiento histórico de Jesús lo proporcionan principalmente los evangelios, que recogen el testimonio de los apóstoles; sin embargo, no son los únicos, pues existen otros testimonios que, como indica Izquierdo (2002) son “independientes de aquéllos, que muestran un conocimiento y una visión diversa sobre aquella persona única” (p. 427).

Entre las fuentes extrabíblicas señaladas por Izquierdo (2002), se encuentran todas aquellas que tienen su origen fuera de la comunidad cristiana. Estas recogen noticias o datos que circulaban en otros ambientes. También se consideran aquí ciertos escritos cristianos no canónicos. Entre las noticias no cristianas se encuentran, en primer lugar, aquellas correspondientes a fuentes romanas. Plinio el Joven, por ejemplo, habría enviado una carta en el año 112 al emperador en el que daba noticias sobre los procedimientos a seguir con relación a los cristianos. En su respuesta, Plinio, indica que “entre sus prácticas está la de reunirse un día fijo “antes de rayar el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como a Dios” (Izquierdo, 2002, p. 428).

Tácito, historiador romano hacia el año 115, escribe un texto más largo y explícito donde explica el nombre de cristianos y como ellos habían sido martirizados por Nerón en el año 64. Así indica:

la gente los llamaba cristianos. Este nombre les viene de Cristo, que había sido entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilato, durante el principado de Tiberio. Reprimida de momento, esta detestable superstición surgía de nuevo, no solo en Judea en donde había nacido aquel mal, sino también en Roma (Íbidem).

Izquierdo hace referencia también a fuentes judías del acontecimiento de Cristo. Señala como el más importante a Flavio Josefo, quien habla de Jesús en dos textos de su obra *Antigüedades Judías*. En el primero, en efecto, indica que Anás “reunió un Consejo ante el cual hizo presentar a Santiago, hermano de Jesús llamado Cristo y a algunos otros. Les acusó de haber violado la ley y les condenó a ser apedreados” (en, Izquierdo, 2002, p. 429). El segundo texto de Josefo es el famoso *Testimonium Flavianum*, que es recogido

también por otros autores como Eusebio de Cesarea, San Jerónimo y por el Obispo jacobita Miguel de Antioquía en el siglo X. El texto lo reporta Izquierdo (2002):

Por esta época vivió Jesús, un hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre porque llevaba a cabo obras prodigiosas, Maestro de personas que reciben con alegría la verdad. Conquistó a muchos judíos e incluso griegos. Era el Cristo. Cuando, al ser denunciado por nuestros notables, Pilato lo condenó a la cruz, los que al principio le habían amado no dejaron de amarle, porque se les apareció al tercer día, viviendo de nuevo. Los divinos profetas habían dicho estas cosas y otras mil maravillas sobre Él. Todavía en nuestros días no ha desaparecido el linaje de los que, por causa de Él, reciben el nombre de cristianos (en, p. 430).

Posturas sobre la resurrección y sentido de su historicidad

Como se sabe, sobre la resurrección hay diversas posturas, no en cuento misterio central del cristianismo, sino del hecho como tal, si se quiere, del hecho histórico. El primero en plantear una incógnita sobre el hecho es Reimarus (1694 – 1768), quien postulaba la tesis del engaño de los discípulos afirmando que “tras su muerte, sus discípulos robaron su cadáver y se inventaron la doctrina de la resurrección y de la parusía” (Reimarus, en Peláez, 1999, p. 73). Otro conocido autor, Bultmann, se planta también en especulaciones con relación al acontecimiento histórico de la resurrección, considerando que no se trata de un hecho histórico “sino que forma parte del kerigma. Cristo habría resucitado en el kerigma, y la resurrección no es sino el significado salvífico que emana de la muerte de Jesús en cuanto juicio de Dios” (Izquierdo, 2002, p. 491). La afirmación de Bultmann se ubican en la línea de la desmitologización de los evangelios que proponen una separación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe (Cfr. Bultmann, 1948).

Una opinión distinta, en el mundo protestante, lo tiene Pannenberg, quien afirma fuertemente el carácter histórico de la resurrección (Cfr. Pannenberg, 1968). Para este autor, todo suceso histórico, asegura, está situado en un tiempo y en un lugar determinados.

La resurrección de Jesús, aunque implica algunos acontecimientos que no es fácil situar en una sucesión continua en el espacio y el tiempo, puede ella misma ser objeto de datación, al menos aproximada, y se la puede localizar en Palestina, en Jerusalén y, presupuesta la historicidad del sepulcro vacío, en ese mismo sepulcro. El anuncio de la

resurrección no hubiera aguantado ni un día, ni una hora, en Jerusalén si no hubiera sido posible para todos los interesados comprobar realmente que el sepulcro estaba vacío (Pannenberg, en Izquierdo, 2002, p. 492).

Como se puede ver hay opiniones divididas que van desde las que responden a criterios materialistas científicas de negar todo aquello que no caiga dentro de las categorías espacio temporales de experimentación, hasta aquellas que provienen del análisis teológico de carácter racionalista, sobre todo en el ámbito protestante. Pero, más allá de estas posturas, ¿qué sentido tiene la historicidad de la resurrección? En primer lugar, cabría indicar que Cristo no resucita en el kerigma, es decir, en la mera predicación apostólica, sino que Cristo es predicado, justamente, porque ha resucitado. Aquí es importante afirmar la dimensión corporal de Cristo, es decir, su resurrección es corporal, por eso se deja ver en lugares. De ahí la importancia del testimonio de los que lo vieron aparecerse. No se trataron de alucinaciones, sino que los discípulos indican que lo vieron.

Al mismo tiempo, se debe indicar, que la resurrección de Jesús no significa un simple volver a la vida como en el caso de Lázaro. Como indica Izquierdo (2002): “la resurrección de Jesús nunca es descrita en el Nuevo Testamento, porque es un acontecimiento que tiene lugar más allá de lo que puede ser expresado con categorías puramente históricas o únicamente espaciotemporales (p. 500). El evento de la resurrección, siendo puntual en cuanto a lugar y a tiempo, es meta histórica porque trasciende la mera temporalidad y se ubica en categorías de un hecho salvífico. Por tanto, el sentido de la historicidad, siendo real y puntual, es meta histórica y salvífica. Implica entender dicho acontecimiento no solo desde categorías puramente medibles, sino también, desde una perspectiva de sentido de salvación en el ámbito teológico.

La resurrección de Jesús es histórica en cuanto es real, es decir, resurrección corporal, con manifestaciones en el ámbito de la verificación histórica... La referencia al lugar se concreta sobre todo en el sepulcro que, al quedar vacío, se convierte en un criterio negativo de la resurrección (si el sepulcro siguiera ocupado por el cadáver de Jesús no podría hablarse de resurrección); también las apariciones guardan una relación con el espacio, aunque distinta, al no estar Cristo sometido a las leyes físicas. Después de la resurrección, Jesús se muestra no en visiones interiores, sino como una presencia real, en un lugar y con capacidad de mantener una relación plena con las cosas. La relación con el tiempo queda recogida en la afirmación de que Jesús ya había resucitado «el primer día de

la semana, a la salida del sol» (Me 16, 2; Mt 28, 1), cuando llegaron las mujeres al sepulcro; para embalsamar el cadáver (Izquierdo, 2002, p. 501).

La resurrección es un acontecimiento central en la fe cristiana, por ello, la afirmación de su realidad es fundamental. Guardini (1996) indicaba al respecto que “Quien rechaza la resurrección, rechaza, al mismo tiempo, todo cuanto está relacionado con Su esencia y conciencia” (p. 54). También Juan Pablo II (1996), afirmaba que: “La fe en la resurrección es desde el comienzo, una convicción basada en un hecho, en un acontecimiento real, y no en un mito o una “concepción”, una idea inventada por los Apóstoles o producida por la comunidad postpascual” (p. 405).

El testimonio del Nuevo Testamento y Patrístico

El dato de la resurrección es un evento que está contenido, en primer lugar, en los textos del Nuevo Testamento. En estos textos se narra de diversas formas que Cristo ha resucitado. Este evento es descrito como el hecho fundamental de la fe de la Iglesia, cuyas narraciones de los cuatro Evangelios, Hechos de los Apóstoles y las epístolas paulinas, lo muestran como un acontecimiento tanto histórico como transformador para los cristianos. San Pablo afirma sin dudas como Cristo resucitado se aparece a más de quinientos hermanos juntos, e indica que muchos de esos hermanos “viven todavía” (1 Corintios 15, 6). Esta cita de Pablo destaca por la amplitud del testimonio y por la cercanía temporal al hecho del que se trata. El testimonio como tal refleja la historicidad del texto bíblico en la medida que se refiere a hechos anteriores reportados a su actualidad y a la cantidad de testigos de los que Pablo tiene conocimiento. Por tanto, es posible afirmar que los textos neotestamentarios gozan de respetabilidad en cuanto testimonios históricos de los acontecimientos.

Ya afirmaba Wright (2003) que “las narraciones de los evangelios están profundamente arraigadas en tradiciones tempranas y se diferencian de los mitos por su especificidad y contexto histórico” (p. 45). Como se sabe, los textos del Nuevo Testamento se escribieron entre los años 35 al año 90, después del evento de Cristo, a partir de tradiciones orales, perícopas, fórmulas, que circulaban en las primeras comunidades, que, según la crítica textual, aumentan su credibilidad histórica (Cfr. Aguirre y Rodríguez, 2012).

La Iglesia ha reafirmado de diversas maneras la historicidad de los evangelios, principalmente en la Instrucción *Sancta Mater Ecclesia* de abril de 1964, cuya doctrina fue asumida en la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación del Vaticano II (noviembre de 1965), del siguiente modo:

La santa madre Iglesia ha defendido siempre la historicidad de los evangelios; es decir, que narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente hasta el día de la ascensión (cf. Hch 1,1-2). Después de este día, los apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad. Los autores sagrados compusieron los cuatro evangelios seleccionando datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando siempre el estilo de la proclamación: así nos transmitieron datos auténticos y genuinos acerca de Jesús. Sacándolo de su memoria o del testimonio de los 'que asistieron desde el principio y fueron ministros de la palabra', lo escribieron para que conociéramos la 'verdad' de lo que nos enseñaban (cf. Le 1,2-4) (DV 19, en Aguirre y Rodríguez, 2012, p. 40).

Podemos, por tanto, confiar razonablemente en que las fuentes en los que se recoge el hecho extraordinario de la resurrección de Jesús han sido objeto de múltiples estudios que avalan su autenticidad histórica y constituyen, por tanto, evidencias estimables y fiables de dichos eventos. Esto mismo cabe para los textos que corresponden a los Padres de la Iglesia que también se manifestaron de diversas maneras sobre el hecho de la resurrección de Cristo. Estos, no solo se conformaron con el análisis de las fuentes, sino también en la interpretación teológica de dicho evento. Así, San Ireneo, en *Adversus Haereses*, indica que “la carne que Cristo asumió y que fue crucificada es la misma que resucitó glorificada, asegurando así la redención del cuerpo y del alma” (II, 22). Por su parte, San Agustín, indica que “la resurrección de Cristo es la prueba y garantía de nuestra futura resurrección” (*De Trinitate*, IV, 5).

Los textos neotestamentarios que hablan sobre la resurrección

El Nuevo Testamento recoge la afirmación más antigua en el cristianismo, a saber: “Cristo ha resucitado” (Rm 6, 9; 7, 4; 8, 34; 2 Co 5, 15; 1 Tes 1, 10; 4, 14; Lc 24, 4, además de los textos de Hech) (Cfr. Izquierdo, 2002, p. 493). Esta afirmación se encuentra presente a lo largo de todos estos documentos. Es crucial, en este sentido, el testimonio

que ofrece la 1 Carta a los Corintios 15, 3-5, que ofrece una suerte de síntesis teológica de lo que constituyó el anuncio de la resurrección de Jesús:

Os transmití lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; fue sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron.

Según Izquierdo (2002) “el texto recoge una fórmula de fe anterior, posiblemente en torno a los años 35-38” (p. 494). El texto goza de una claridad al identificar al Cristo que padece la muerte, y el Cristo que resucita. Y que, luego se aparece a diversos discípulos en su nueva condición. Esta perícopa resulta ser la fórmula que detalla los hechos centrales del kerigma. Este hecho, constituye, por tanto, el acicate que resulta ser el fundamento de la fe en la Iglesia primitiva y de todos los tiempos. Siendo de suma importancia este mensaje, la mayoría de los textos lo ponen como elemento central de su contenido. Se presenta en el siguiente cuadro una síntesis de dichos testimonios en el Nuevo Testamento:

Tabla
Algunos Textos del Nuevo Testamento sobre la resurrección

Libro	Cita	Contenido
Evangelio de Mateo	Mt 28, 1-10	Sepulcro vacío y aparición a las mujeres.
Evangelio de Marcos	Mc 16, 1-8; 9-20	Sepulcro vacío, aparición a María Magdalena y a los discípulos.
Evangelio de Lucas	Lc 24, 1-49	Sepulcro vacío, aparición en el camino a Emaús, Jesús se muestra a los discípulos.
Evangelio de Juan	Jn 20, 1-31; 21, 1-23	Se aparece a María Magdalena, muestra sus llagas a los discípulos, aparición en el mar de Tiberíades.
Hechos de los Apóstoles	Hch 2, 22-36; 10, 39-43	Pedro predica sobre la resurrección como cumplimiento de las Escrituras

Carta a los Romanos	Rom 6, 4-11	La resurrección es vista como fuente de vida nueva y liberación del pecado
Carta a los Corintios	1 Cor 15, 3-22	Sobre las apariciones de Jesús resucitado y su impronta teológica
Segunda Carta a Timoteo	2 Tim 2, 8	Jesús resucitado como mensaje central del Evangelio
Primera Carta de Pedro	1 Pe 1, 3-5	Esperanza viva e incorruptible de la resurrección
Apocalipsis	Ap 1, 17-18	Jesús resucitado posee las llaves de la muerte y el Hades

Nota: Esta tabla permite entender como el mensaje de la resurrección está presente como tema central en los textos del Nuevo Testamento

Si bien los datos aportados no pretenden agotar las recurrencias del argumento de la resurrección en el Nuevo Testamento, indican que es un tema diseminado por todos los documentos que lo componen.

Con esto se entiende demostrar que las recurrencias de testimonios variados, no solo bíblicos, sino también extrabíblicos y patrísticos, apoyan la idea de la historicidad de esta y ya ello constituye un fundamento para avalar la credibilidad del hecho.

Evidencia bíblica, histórica y los signos de credibilidad de la resurrección

Evidencias bíblicas e históricas sobre la resurrección

Podemos identificar algunas evidencias tanto a nivel bíblico como histórico que nos dan cuenta de la resurrección. Son aspectos que, en general, conllevan el impulso de algún momento único y potente que es capaz de generar una reacción en cadena. Enumeramos algunos de esos elementos que pueden considerarse provocados por ese momento detonante tanto a nivel bíblico como histórico.

Evidencias bíblicas.

El Sepulcro vacío es un relato recurrente en los cuatro Evangelios (Mt 28, 1-6; Mc 16, 1-7; Lc 24, 1-12; Jn 20, 1-12). Lorizio (2010) indica que tanto las apariciones como

el sepulcro vacío corresponden al “testimonio que atañe a los signos de la misma resurrección” (p. 722). Por tanto, es considerado un signo que nos puede conducir, si bien de modo indirecto al hecho de la resurrección. La evidencia implica que el cuerpo de Jesús, justamente, no estaba donde había sido colocado después de su crucifixión, algo habría pasado. El dato bíblico e histórico indica que Jesús había sido sepultado en la tumba de José de Arimatea, quien era miembro del Sanedrín y, por tanto, miembro del mismo grupo que buscó ejecutarlo. Resultaría contradictorio que los seguidores de Jesús hubieran inventado una mentira sobre dicho personaje utilizando su propia tumba para proporcionarle a Jesús un entierro decente.

Otro signo considerado importante como uno de los elementos concurrentes del hecho de la resurrección son las apariciones del resucitado. De este hecho nos dan noticias tanto los Evangelios como las cartas paulinas. Muchas de las apariciones son verdaderas joyas de la literatura evangélica, completamente originales en sus relatos y llenas de tensión vivenciales. Parece difícil que eventos que se muestran tan naturales sean sencillamente fruto de algún tipo de inventiva de la primitiva comunidad cristiana. Destacan, entre otras apariciones, aquella ocurrida a María Magdalena contada en Juan 20, 14-18; a los discípulos de Emaús, contenida en Lucas 24, 13-35; a Tomás con otros apóstoles en Juan 20, 24-29. San Pablo indica como las apariciones del Señor llevaron una suerte de orden jerárquico, pues, indica que se apareció primero a Cefas, luego a los Doce; luego a más de quinientos, a Santiago, y, finalmente, al mismo Pablo, como a un abortivo (Cfr. 1 Cor 15, 5-8). La variedad de testigos a quienes Jesús se aparece constituye un elemento importante a tener en cuenta, pues, mientras más puedan dar testimonio paralelo de dicho hecho, mejor será la evidencia en su origen.

Lo mismo cabría decir de los testimonios escriturísticos que, así mismo, son variados y de diversas procedencias. La crítica textual ha podido identificar en el desarrollo y edición final de los Evangelios diversas fuentes externas que estarían a la raíz de su aparición. Según los trabajos críticos modernos de Weise y Wilke, en la base de la tradición evangélica hay dos documentos, Mc y Q, que suele denominarse la teoría de las dos fuentes. Esta teoría influiría en los estudios críticos literarios posteriores que buscan entender los elementos que están en la base de tan variados documentos (Aguirre y Rodríguez, 2012, p. 59). Dichos estudios revelan alguna fuente común, fuentes independientes e investigaciones propias como el caso de Lucas en la elaboración de los Evangelios. Aquí también se debe afirmar que la variedad de testimonios que convergen

en la narrativa de los hechos del evento Jesús y en el hecho de la resurrección. Aguirre y Rodríguez (2012), señalan que la Iglesia estuvo siempre vigilante de estos estudios y buscó ante todo defender el valor histórico de los evangelios (p. 60). Así también, la declaración de la Iglesia destaca por afirmar: “el valor de la tradición externa sobre los evangelios; se considera que los autores son testigos, directos o indirectos, de los acontecimientos que cuentan” (Aguirre y Rodríguez, 2012, p. 60).

Finalmente, hay que destacar el elemento, en nuestro entender, más importante de todos estos elementos escriturísticos, se trata de la transformación de los testigos. En otras palabras, el hecho de que los discípulos experimentan una transformación o conversión interior que los vuelve capaces de dar testimonio del resucitado. Se trataba de hombres comunes, de pescadores, recaudadores, carpinteros, a discípulos y testigos, evangelizadores. Se transformaron de la concepción de la vida centrada en sus problemas y circunstancias a la preocupación genuina por la salvación de los demás. Se enfocan, también, ya no en las cosas del mundo y de sus miserables vidas, sino en Cristo. Dicha transformación profunda que fue la que impulsó a otros a dejarlo todo por Cristo y a dar la vida por él, se produjo principalmente por el acontecimiento sorprendente de la Resurrección. El libro de los Hechos de los apóstoles narra como el número de cristianos crecía continuamente. Pasan de ser 12 seguidores antes de Pentecostés a ser 3000 y luego 5000 y, finalmente, “una multitud” o “grandes multitudes”. El hecho mismo que, luego, esta multiplicación de discípulos se extiende a todo el mundo conocido, implica que existía una fuerza interior que tenía un punto de partida potente para provocarla. Cabe recordar aquí las palabras de Gamaliel quien sentenció que “si esta idea o esta obra es de los hombres, se destruirá; pero si es de Dios, no conseguiréis destruirles” (Hch 5, 38-39).

Evidencias históricas

Como evidencias históricas solo se ponderan el Martirio de los apóstoles ya las características especiales de la Sábana Santa de Turín.

Se propone, en primer lugar, el martirio cristiano como evidencia histórica de la resurrección. Estos acontecimientos que consistían en que el cristiano derramaba su sangre por Cristo, denota profunda sinceridad y convicción por parte de quien lo sufría. Lejos de tratarse de un mero hecho subjetivo, denotaban profunda sinceridad, dado que, si los apóstoles o los mártires predicaban a Cristo resucitado a sabiendas que fuera un fraude, difícilmente hubieran estado dispuestos a dar la propia vida. Tenían conciencia de

la veracidad del hecho que predicaban y esa convicción constituía la fuerza que los movía a dar la propia vida. Así lo dice Habermas (2004): “nadie está dispuesto a morir por algo que sabe que es falso”. La vida de estos mártires no solo reflejaba el conocimiento de Cristo, sino también, denotaba la profunda convicción de sus vidas transformadas por dicha experiencia.

Eusebio de Cesarea (2007) en su *Historia Eclesiástica*, cuenta los hechos históricos de los primeros cristianos, en los que narra, entre otras cosas los testimonios de los mártires y su fidelidad a Cristo y a la resurrección. Tácito (1980), en sus *Anales*, describe la persecución de los cristianos bajo la tiranía de Nerón después del incendio de Roma; lo hace desde una perspectiva no cristiana. También, Plinio el Joven (2000), en sus *Cartas*, escribe al emperador Trajano haciéndole conocer los juicios y ejecuciones de los cristianos. Tertuliano (2012), en su *Apología*; y, Clemente (2006), en su *Primera Carta a los Corintios*, dan cuenta del martirio de cristianos, incluyendo el martirio de Pedro y Pablo. Como se puede observar el testimonio histórico del martirio ha sido puesto en evidencia por fuentes no solo cristianas sino también por observadores externos.

La documentación martirial es extensa que no es posible mencionar aquí todos los que existen. El foco está puesto en la evidencia que manifiesta el martirio como tal en cuanto convicción y conciencia de contacto con el resucitado. Ruiz Bueno (1954), en su estudio introductorio de las *Actas de los Mártires*, resume de manera bella el significado más profundo del martirio:

No puede más bellamente afirmarse que la santidad es un perenne testimonio; pero no puede tampoco caber duda de que el testimonio a que todos los otros— el de la vida, el de la palabra, el del carácter— se referían, como a suprema medida, era al testimonio de la sangre, al martirio rigurosamente dicho (p. 38).

Finalmente, queremos hacer referencia a un testimonio enigmático que pareciera ser parte de las mortajas que envolvieron al mismo Jesús en su muerte y que quedara en el lugar en el momento mismo de la resurrección. Nos referimos a la Sábana Santa de Turín, que, como indicó Juan Pablo II (1998), “es un reto a la inteligencia” (n. 2), dado que exige de cada hombre la capacidad de entender el mensaje encriptado a través de los estudios científicos.

Ciertamente, la *Síndone*, no constituye un argumento definitivo sobre la historicidad de la resurrección de Jesús. Constituye, sí, un signo moderno que contribuye

en la reflexión sobre el misterio de la resurrección a causa de los elementos y características que la constituyen. Fanti (2013), indica que las características de la Sábana, su imagen tridimensional en la tela, así como sus particularidades químicas “desafían las explicaciones naturales y sugieren un fenómeno extraordinario” (p. 63). Di Lazzaro (2021), nos sintetiza sobre el sudario:

La Sábana Santa es una gran tela rectangular de lino, de aproximadamente 4,4 metros de largo y 1,1 metros de ancho. Las dimensiones son aproximadas porque se trata de un tejido antiguo, sometido a estiramientos y encogimientos causados por los cambios de humedad, el plegado, el enrollado alrededor de un cilindro para guardarlo en un contenedor y el desenrollado durante las exposiciones públicas y privadas (n. 1).

No es lugar aquí para detenerse a considerar la historia de esta reliquia. Se la trae a colación en la medida que puede conducirnos a un testimonio histórico de la resurrección de Jesús. Justamente, las particularidades de su impronta, que no es de fácil explicación, constituyen la mejor vía para conectar el fenómeno físico de la impronta, con la causa de esta en la tela. El padre Jorge Loring (2001), conecta los dos momentos que nos interesan destacar como vía de credibilidad de la resurrección a través del objeto físico de su mortaja. En efecto indica:

La impresión de la imagen ha chamuscado la tela de la Sábana, pero superficialmente: sin perforar el lienzo; lo cual hace pensar a los técnicos de la NASA que se produjo por una radiación instantánea de energía, quizá en el momento de la resurrección. No hay explicación más aclaratoria. Por eso la Sábana Santa es un nuevo motivo de credibilidad en la resurrección de Cristo. Aunque nuestra fe en la resurrección de Jesucristo no se basa en la Sábana Santa de Turín, sino en el Nuevo Testamento (p. 58).

En qué medida un objeto como la Sábana Santa pueda servir de vehículo histórico para conectar con la resurrección de Jesús, se podrá poner en evidencia el momento de tratar este objeto como signo de credibilidad.

Signos de credibilidad sobre la resurrección

La fe cristiana, a diferencia de otras religiones, tiene una característica particular: la conjugación entre la fe y la razón. Ésta última busca la justificación de la fe a través de un fundamento lógico que le permita abrirse a lo trascendente. En palabras de Juan Pablo II (1998) en su encíclica *Fides et Ratio* indica lo siguiente: “la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”

(p. 7). El hombre se define como aquel que busca la verdad y busca razones para creer (*intellego ut credam*). Veamos ahora algunos signos de credibilidad de la resurrección que aportan racionalidad al dato de fe y, por tanto, apuntalan la credibilidad de dicho evento histórico.

En el texto bíblico podemos vislumbrar que “la resurrección de Cristo no es marginal a la historia, sino que deja en ella las señales perceptibles de haber sucedido” (Adum, 2020, p. 36). El discípulo amado, Juan, dedica todo el capítulo veinte de su Evangelio a narrar lo acontecido el día de la resurrección. Habiendo llegado María Magdalena a avisarles a Simón Pedro y a Juan de que la piedra del sepulcro donde estaba Jesús había sido quitada; estos se encaminaron presurosamente al lugar y al llegar, ambos notaron un detalle que será clave para creer. En efecto, el texto indica:

Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve las vendas en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a las vendas, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según las Escrituras Jesús debía resucitar de entre los muertos (Jn 20, 4-9).

En el texto precedente destacan dos verbos: ver y creer. En efecto, el apóstol vio y creyó; pero nos planteamos, ¿qué vio el apóstol?, ¿por qué después de ver lo que vio cree? Para responde de manera directa según el texto el apóstol ve las vendas plegadas puestas en un lugar aparte. El discípulo reconoce una señal que ha dejado el Maestro en este sudario: lo ha doblado de tal modo, que quienes lo vean se den cuenta de que lo ha hecho Él. San Juan Crisóstomo (1994) es quien analiza el detalle del sudario, indicando que dicho signo y su estar “doblado en lugar aparte” constituye una prueba que indica que Cristo había resucitado. Este Padre de la Iglesia lo indica así:

¿Por qué estaban los lienzos puestos aparte del sudario? Para que por aquí entiendas que no fue hecho atropelladamente y a toda prisa eso de que los lienzos estuvieran separados y aparte del sudario, y éste doblado: todo fue para que creyeran en la resurrección. Hasta después de eso es cuando Cristo se les aparece; o sea, cuando ya tienen las pruebas por lo que han visto. Advierte cuán lejos está el evangelista del fausto y cómo testifica el cuidadoso examen llevado a cabo por Pedro. Pues habiendo él llegado antes al sepulcro y habiendo visto los lienzos así colocados, ya nada más investigó, sino que se apartó

enseguida. En cambio, el fervoroso Pedro entró al sepulcro y lo investigó todo con diligencia y vio algunas cosas más que Juan; y enseguida llamó a éste a contemplar semejante espectáculo. De manera que habiendo entrado en pos de Pedro, Juan vio los lienzos y el sudario depositados cada cual en su sitio. Por cierto, que el haberlos separado y haberlos doblado y colocado aparte, era propio de alguno que había procedido con cuidado y no apresurado (San Juan Crisóstomo, 1994, *Homilías sobre el Evangelio de Juan*, Homilía 85, 4).

El modo de dejar los lienzos y el sudario era el acostumbrado por Jesús quien, si estaba muerto, no podía haberlo hecho. El detalle de dichos signos indica, justamente, que Cristo estaba vivo. El hecho de que el sudario estaba doblado reafirma la idea que las cosas se hicieron de modo pausado y con orden, sin prisas; si se hubieran robado el cuerpo, las cosas no estuvieran en el modo que se encontraron. La convivencia y la cercanía de los discípulos con el Nazareno ha logrado que lo lleguen a conocer no solo en sus actitudes, sino también en sus hábitos cotidianos. Izquierdo (2002), concluye como “El capítulo 20 puede ser interpretado como una apología viviente de la fe en relación con Jesús resucitado. La relación entre ver y creer se presenta como el núcleo del testimonio joaneó” (p. 496).

Otro signo de credibilidad en la resurrección lo podemos encontrar en el hecho de que el sepulcro estaba vacío. De ello hablan todos los Evangelios (Mt 28, Mc, 16, Lc 24 y Jn 20). A esto, como hemos visto, habría que sumar lo que indica Juan 20, 6-7, donde indica no solo que el sepulcro estaba vacío, sino también hace referencia a la disposición de los lienzos que estaban ordenados. Sin embargo, debemos recordar que los discípulos fueron acusados de haberse robado el cuerpo (Mt 28, 11-15), pero esto no pudo ser probado por los judíos, pues no pudieron encontrar el cuerpo de Jesús. Otros dos datos avalan este hecho: por una parte, el lugar de la sepultura era un lugar conocido y se conocía quien era el dueño; por otro lado, es significativo que quienes encontraran el sepulcro vacío y dieran testimonio de ello fuera las mujeres (Lc 24, 1-10). Si los discípulos hubieran inventado tal historia, difícilmente hubieran escogido a mujeres como testigos principales de ellos, pues el testimonio de las mujeres no gozaba de mucha estima.

Aunque para Izquierdo (2002), el sepulcro vacío no constituye una prueba *per se* de la resurrección, si destaca el hecho de que el lugar físico sea de la sepultura goza de la

evidencia empírica de su existencia y permanencia. Pero además añade el significado teológico que eso tiene, a saber, que es signo del triunfo sobre la muerte.

Para la comunidad primitiva de Jerusalén entonces, y también para nosotros hoy, el hecho del sepulcro vacío era la señal comprobante de la verdad de la predicación apostólica sobre la resurrección. Ésta era algo cierto. El descubrimiento de la tumba vacía y su realidad que, a diferencia de otros hechos, no desaparece, era algo permanentemente elocuente para la comunidad que ya creía. El sepulcro vacío se constituye en el puente de unión entre el Crucificado que fue puesto en el sepulcro y el Resucitado que lo abandonó. El significado cristológico es evidente en cuanto expresa la identidad entre ambos (Izquierdo, 2002, p. 499).

Sin querer ser exhaustivos estos dos hechos parecen relevantes como argumentos racionales para ser presentado a los jóvenes para que puedan ser asumidos con sentido común.

El hecho de contar con una gran cantidad de evidencias tanto bíblicas como históricas contribuye a reforzar la credibilidad de la resurrección. Estas evidencias no solo contribuyeron en su momento a transformar la vida de los primeros cristianos y a impulsar la expansión de la iglesia, sino que también, frente al escepticismo rampante y a la mala formación de muchos jóvenes que acuden a la Iglesia, pueden contribuir a consolidar su fe.

Perspectivas pedagógicas como aporte a la credibilidad de la resurrección

La experiencia pedagógica de Romano Guardini en la transmisión de la fe

El elemento pedagógico reviste gran importancia de cara a la trasmisión de la credibilidad de la resurrección en el contexto contemporáneo. De muchas maneras se ha tratado de hablar a los jóvenes de todos los tiempos para transmitirles los contenidos de la fe. Aquellos que han dado mejores resultados han sido los que no solo conectan con la subjetividad, sino, sobre todo, aquellos que miran a la integralidad de la persona. Es decir, que tienen en cuenta el aspecto intelectual sin dejar de lado el aspecto experiencial. En este sentido nos parece paradigmático el trabajo pastoral que realizó Romano Guardini con los jóvenes en Alemania. Este desarrolló una pedagogía cristiana que involucraba tanto el pensamiento crítico, la belleza del mensaje cristiano y la experiencia vivencial de la misma. Él mismo Guardini (1918) decía que “la educación en la fe no debe ser

meramente teórica, sino un encuentro que transforme la existencia” (p. 67). Este enfoque de Guardini no deja de ser válido hoy, dado que el hombre es el mismo, su naturaleza no ha cambiado. Sin embargo, a pesar de que el contexto contemporáneo es distinto al que vivió Guardini en su tiempo, sí es cierto que los desafíos apuntan hacia la misma dirección: secularizar.

Para Guardini (s.f.) será importante el contexto en el que nace la fe, no solo la transmisión fría y distante; es ese contexto el que conlleva amar la verdad y abrirse a ella. En efecto, indica:

Tus padres y tus maestros te educaron; aprendiste en los libros; lo que has recibido, lo tienes de la práctica cultural de tu parroquia, de las tradiciones de tu ámbito social. Y no recibiste solamente contenidos, doctrinas puramente objetivas que te correspondía transformar en fe o en negación de la fe. Tu fe misma, en calidad de vida del espíritu y del corazón, se encendió al contacto de la fe de los otros. Una enseñanza puramente doctrinal es incapaz de despertar la fe en quien la recibe, pero puede conseguirlo una doctrina en la cual cree el maestro mismo. Sólo la verdad amada y vivida puede suscitar la fe. Es la fe de tu madre o bien de algún maestro, de algún amigo o de alguien de tu entorno, la que despertó la tuya (Guardini, s. f.).

Consciente de que la enseñanza puramente doctrinal no despertaba la fe, Guardini proponía un enfoque que combinaba diversas experiencias, como, por ejemplo, la vivencia litúrgica. De ella Guardini niega toda finalidad práctica y utilitaria; es decir, en sí no se trata de una clase magistral. Destaca, más bien, su libertad y la capacidad que tiene para implicar todo el ser en el que el hombre se recrea como si de un juego se tratara. Y esta capacidad lúdica ofrece al hombre su mayor hondura en el momento de comunicar la fe. En efecto, Guardini (2000), ofrecía las características y consecuencias de la capacidad formativa de la liturgia:

Vivir litúrgicamente, movido por la Gracia y orientado por la Iglesia, es convertirse en una obra viva de arte, que se realiza delante de Dios Creador sin otro fin que el de ser y vivir en su presencia: es cumplir las palabras del divino Maestro que ordenan que nos hagamos como niños; es renunciar a la artificiosa y falsa prudencia de la edad madura que en todo pretende hallar un resultado práctico, y jugar como David lo hacía delante del Arca de la Alianza (p. 157)

Junto con la vivencia litúrgica, la propuesta de Guardini apuntaba también a una conexión más profunda de la realidad y, por tanto, a no vivir la fe de modo abstracto, sino

con un sentido. Proponía además el diálogo profundo a través de preguntas que interpelaban la propia existencia. Lo importante para los jóvenes de hoy, será justamente, ser dueños de su propio destino sujetos a la verdad de las cosas y de la realidad. En este sentido es importante tener en cuenta este proceso pedagógico que implica aprender la fe sobre todo a través de la experiencia de la liturgia, de la libertad y de la responsabilidad.

Necesidad de una profunda formación en los catequistas según Ratzinger

Otro aspecto importante de cara a la enseñanza de la credibilidad de la resurrección pasas por la formación de aquellos que la transmiten, principalmente de los catequistas que están más en contacto con los jóvenes. Ratzinger, en su camino de vida sacerdotal, enfatizó que la catequesis era un lugar idóneo para la transmisión de la fe y por ello, no podía reducirse a proporcionar datos vacíos o superficiales, sino que los catequistas debían ser verdaderos testigos de la fe. Así indicaba Ratzinger (1968) que el catequista “no solo es un maestro, sino también un testigo que vive lo que predica” (p. 45).

Ratzinger recomendaba entre otras cosas que los catequistas debían tener una sólida formación teológica. Así indicaba al respecto: “La fe necesita un conocimiento profundo y un compromiso con la razón” (Ratzinger, 1968, p. 45). Esto no debía dejar de lado la vida de oración y de sacramentos del catequista y de los maestros de la fe, porque denotan el testimonio de vida del que hablaba antes. Así indicaba que “solo quien vive en comunión con Dios puede comunicar la fe de manera auténtica y persuasiva” (Ratzinger, 2000, p. 112). Finalmente, otra característica importante en un catequista es esa capacidad de entrar en diálogo con la cultura contemporánea, no estar ajeno a ella. Esto a causa de que los jóvenes están sumergidos en una cultura caracterizada por valores y antivalores que pueden confundirlo. Ratzinger (2003) indica que “El catequista debe saber hablar el lenguaje de su tiempo, no para diluir el mensaje cristiano, sino para mostrar su relevancia en el mundo contemporáneo” (p. 89).

El testimonio personal como signo de credibilidad

Finalmente, quizá el mejor transmisor de la fe sea el testimonio de vida. En la línea de lo que han indicado Guardini y Ratzinger, la transmisión de la credibilidad de la resurrección se resuelva con el testimonio que pueden ofrecer los cristianos en este mundo contemporáneo. Como se sabe, la fe no se impone como las ideologías, esta debe entrar

en una propuesta libre a través del testimonio para que pueda ser convincente (Cfr. Ratzinger, 2003, p. 89)

Los evangelizadores en general y los catequistas en particular están llamados a vivir lo que enseñan en sus clases a los jóvenes. Con su ejemplo muestran que la resurrección no se queda en un evento pasado y contenido en los libros sagrados o litúrgicos, sino que se trata de una realidad viva y transformadora para los jóvenes de hoy. La Iglesia se convierte así en un lugar donde los jóvenes encuentran la fe como algo auténtico y vivo. En efecto, Guardini (1954), anotaba que el testimonio personal es la consecuencia natural del encuentro con el resucitado. En su famosa obra *El Señor*, indicaba: “El cristiano que realmente ha encontrado a Cristo se convierte, sin buscarlo, en un reflejo de su luz” (p. 330)

Ya Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi* (1975), destacaba el testimonio de la vida como la forma más efectiva de la evangelización en la cultura contemporánea, dando más peso al testimonio que a las meras enseñanzas: “El hombre contemporáneo escucha más a los testigos que a los maestros o si escucha a los maestros, es porque son testigos” (n. 41). Así mismo, Juan Pablo II, en la destacaba como en el contexto contemporáneo de incredulidad, el testimonio personal es fundamental para la evangelización (Redemptoris misio, 1990, n. 42). Finalmente, el mismo Ratzinger (2007), indicaba que la mejor forma de mostrar la resurrección en el mundo contemporáneo era vivir conforme a su mensaje: “El Evangelio se propaga cuando la vida de los cristianos resplandece con la verdad del amor de Cristo” (p. 78).

4. Conclusión

En el presente trabajo se ha puesto en consideración el análisis de la credibilidad de la resurrección de Jesús en contexto contemporáneo, en el que se han considerado las dificultades que su comprensión enfrenta como el escepticismo religioso, la secularización de la sociedad y las corrientes materialistas, filosóficas y postmodernas que oscurecen un acercamiento adecuado a dicha realidad. Así mismo, se han identificado argumentos tanto a nivel teológico, filosófico e históricos que sustentan un conocimiento adecuado sobre la realidad de la resurrección y su credibilidad.

El estudio también ha planteado perspectivas pedagógicas dirigidas a los jóvenes contemporáneos de modo que el mensaje de la resurrección les sea transmitido de modo apropiado y argumentado.

Por una parte, los datos bíblicos han confirmado que la resurrección no solo es un argumento que procede de la sola fe o de la sugestión de un grupo de personas, sino que bien puede ser considerado como hecho histórico a partir de la historicidad de sus fuentes. Los datos patrísticos permiten entender aún mejor la continuidad de los hechos y relatos de la resurrección reforzando la historicidad del evento cristiano. Los testigos de los primeros siglos basados en este testimonio fueron capaces de entregarse al martirio como convicción de el potente testimonio que habían recibido.

Por otro lado, las evidencias históricas o extrabíblicas dan cuenta del conocimiento del acontecimiento de la resurrección y del surgimiento de la primitiva comunidad cristiana cuya característica era el estar compuesta por hombres y mujeres transformados profundamente por la predicación de que Cristo estaba vivo. Las fuentes no cristianas como las de Tácito y Plinio el Joven, documentan los primeros martirios. La consideración de la Sábana Santa de Turín, como objeto enigmático, constituye un signo moderno que da cuenta de un hecho sobrenatural que, aunque no constituye una fuente definitiva, si provoca a la investigación científica sobre el personaje que aparece en ella.

A nivel pedagógico se han planteado perspectivas que contribuyan a dar a transmitir de un modo más completo y adecuado el mensaje de la resurrección a los jóvenes de hoy. Se ha tomado en cuenta la pedagogía litúrgica de Romano Guardini y su experiencia con los jóvenes alemanes. Así también, se han considerado la necesidad de una profunda formación teológica en los catequistas y maestros que están en contacto más

directos con los jóvenes que participan en los grupos religiosos. Así mismo se ha considerado como el testimonio personal es imprescindible para la correcta transmisión de la fe en el contexto actual, ya que esta es efectiva cuando es visible y concreta en los creyentes.

Un hallazgo importante en este estudio ha sido entender que quienes son los encargados de enseñar los contenidos de la fe, especialmente el de la resurrección, deben gozar de una formación integral para que dicha transmisión sea más efectiva, acompañada, evidentemente, del testimonio personal.

Otro hallazgo importante tiene que ver con que la doctrina por sí misma no es una garantía de comprensión de la credibilidad de la resurrección, esta debe provenir también de la experiencia personal, sobre todo a nivel litúrgico, en la contemplación y el silencio y en la experiencia comunitaria.

Como líneas de investigación que profundicen y continúen este estudio se recomienda estudiar más el tema de la secularización y su impacto en el declive de la fe de los jóvenes. También, estudiar de qué modo el testimonio cristiano contribuye en la evangelización profunda de los jóvenes. Y, finalmente, analizar la efectividad del método de Romano Guardini en la transmisión de la fe en jóvenes.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre M. y Rodríguez C. (2012). *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*. Editorial Verbo Divino.
- Benedicto XVI. (2007). *Spe Salvi*. Librería Editrice Vaticana.
- Benedicto XVI. (2003). *Fe, verdad y tolerancia: El cristianismo y las religiones del mundo*. Ediciones Sígueme.
- Bultmann, R. (1948). *Jesus and the Word*. Scribner.
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Routledge.
- Cieza Tello, E., Quiroz Burga , K. G., Rodas Vértiz, V. J., & Maguiña Vizcarra, J. E. (2024). Condición y calidad de vida espiritual en estudios adolescentes. *Chakiñan, Revista De Ciencias Sociales Y Humanidades*, 23, 304-326. <https://doi.org/10.37135/chk.002.23.14>
- Clemente de Roma. (2006). *Primera Carta a los Corintios* . Biblioteca de Autores Cristianos.
- Corpus, Ariel (2013). Jóvenes y religión en América Latina: un debate necesario. *Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe*, UNAM. Recuperado de <https://repositorio.unam.mx/contenidos/5000173>
- Dawkins, R. (2006). *El espejismo de Dios*. Espasa.
- Di Lázzaro, P. (2021). *El hombre de la Sábana Santa. Certezas y líneas de investigación*. En *Preprensa de las Actas del IV Congreso Internacional de Hermandades y Cofradías* (Málaga, septiembre 2021). https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/103289716/El_Hombre-libre.pdf
- El Debate. (2024, 5 de noviembre). *Francisco, preocupado porque en la misa hay poca gente: “Tenemos que buscarla”*. Recuperado de: <https://www.eldebate.com/religion/vaticano/20241105/francisco-preocupado-porque-misa-poca-g-tenemos-nosotros-buscarla-241995.html>
- Eusebio de Cesárea. (2007). *Historia Eclesiástica* (Vol. 1). Editorial Ciudad Nueva.
- Guardini, R. (1963). *El Señor*, II. Rialp.

- Guardini, R. (1918). *El espíritu de la liturgia*. Ediciones Encuentro.
- Guardini, R. (1956). *La esencia del cristianismo*. Herder.
- Habermas, J. (2006). *Entre naturalismo y religión: Estudios filosóficos*. Ediciones Paidós.
- Habermas, G., y Licona, M. (2004). *El caso de la resurrección de Jesús*. Publicaciones Kregel.
- Herder Editorial. (s. f.). Credibilidad. En *Diccionario de filosofía Herder*. Recuperado el [20 de enero de 2025], de <https://encyclopaedia.herdereditorial.com/wiki/Credibilidad>
- Ireneo de Lyon. (1995). *Contra las herejías (Adversus Haereses)*. Editorial Ciudad Nueva.
- Juan PabloII. (1990). *Redemptoris Missio*. Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1996). *Creo en Jesucristo. Catequesis sobre el Credo*. Palabra.
- Juan PabloII. (1998, 24 de mayo). *Discurso en la Catedral de Turín sobre el Santo Sudario* . Vaticano. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1998/may/documents/hf_jp-ii_spe_19980524_sudario.html
- Laje, A. (2022). *La batalla cultural: Reflexiones críticas para una nueva derecha* . HarperCollins México. Recuperado de: <https://ia902309.us.archive.org/30/items/la-batalla-cultural-reflexiones-criticas-para-una-nueva-derecha-agustin-laje/La%20batalla%20cultural%20Reflexiones%20cr%C3%ADticas%20para%20una%20Nueva%20Derecha%20-%20Agustin%20Laje.pdf>
- Maier, PL (1999). *Eusebio: La historia de la Iglesia*. Publicaciones Kregel.
- Ocáriz, F. & Blanco, A. (2008). *Teología Fundamental*. Ediciones Palabra, España.
- Ocariz, F., Mateo Seco, LF y Riestra, JA (Eds.). (2003). *El misterio de Jesucristo: Manual de Cristología* . EUNSA. <https://ia804607.us.archive.org/32/items/Manuales-de-Teologia/13.%20el-misterio-de-jesucristo-ocariz-mateo%20seco-riestra.pdf>
- Orígenes. (1996). *Contra Celso*. Ediciones Sígueme.
- Loring, J. (2002). *La Sábana Santa, dos mil años después*. Planeta.

- Lorizio, G. (2010). *Credibilidad y testimonio cristiano*. *Scripta Theologica*, 42(3), 719-732. <https://revistas.unav.edu/index.php/scripta-theologica/article/view/3354>
- Pablo VI. (1975). *Evangelii Nuntiandi*. Librería Editrice Vaticana.
- Pérez, J. (2015). *El racionalismo en la educación contemporánea*. <http://online.aliat.edu.mx/adistancia/TeorContemEduc/U4/lecturas/TEXTOS%20SEM%20El%20Racionalismo.pdf>
- Plinio el Joven. (2000). *Carta*. Editorial Gredos.
- Puy, F. (1972). El nominalismo: Primera crisis de las ideas de la cristiandad. *Verbo*, (104), 347-367. <https://www.fundacionspeiro.org/verbo/1972/V-104-P-347-368.pdf>
- Quasten, J. (1954). *Patrología: Manual de literatura cristiana antigua*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Rahner, K. (1966). *Investigaciones teológicas* (Vol. 4, Traducido por Kevin Smyth). Helicon Press.
- Ratzinger, J. (1968). *Introducción al cristianismo*. Ediciones Sígueme.
- Ratzinger, J. (1997). *Introducción al cristianismo*. Ediciones Cristiandad.
- Ratzinger, J. (2000). *Dios y el mundo*. Ediciones Encuentro.
- Ratzinger, J. (2006). *Fe, verdad y tolerancia*. Ediciones Encuentro.
- Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret*. Planeta.
- Rodríguez, A. (1980). Origen de las fórmulas neotestamentarias de resurrección con anistémia y egheiró, *Studia Ecclesiástica* 55.
- Ruiz Bueno, D. (Ed.). (1954). *Actas de los mártires*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Agustín. (2001). *La Trinidad (De Trinitate)*. Editorial Biblioteca de Autores Cristianos.
- Tácito. (1980). *Anales*. Editorial Grados. <https://archive.org/details/t-anales>
- Taylor, C. (2007). *Una era secular*. Harvard University Press.
- Tertuliano. (2012). *Apología*. Ediciones Cristiandad.
- Habermas, J. (2006). *Entre naturalismo y religión*. Paidós.

- Haught, JF. (2008). *Dios y el nuevo ateísmo: una respuesta crítica a Dawkins, Harris y Hitchens*. Westminster John Knox Press. Recuperado de <https://mozammelhq.com/wp-content/uploads/2020/04/God-and-the-New-Atheism.pdf>
- Hume, D. (1984). *Investigaciones sobre el entendimiento humano*. Alianza Editorial.
- Izquierdo, C. (2002). *Teología Fundamental*. Eunsal. <https://ia904607.us.archive.org/32/items/Manuales-de-Teologia/10.%20teologia-fundamentalizquierdo.pdf>
- Juan Pablo II. (1998). *Fides et ratio: Sobre las relaciones entre fe y razón*. Librería Editrice Vaticana.
- Pannenberg, W. (1968). *Jesus God and Man*. Westminster John Knox Press.
- Peláez, J. (1999). Un largo viaje hacia el Jesús de la historia. En J. Tamayo Acosta (Ed.), *Diez palabras sobre Jesús* (pp. xx-xx). Editorial Verbo Divino.
- Vattimo, G. (1999). *Creer que se cree*. Paidós.
- Yaguana Caraguay, PV (2023). *La comunicación como herramienta de integración en comunidades interculturales en Loja* [Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar]. Repositorio Digital UASB. <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/8425/1/T3678-MEC-Yaguana-Comunicación.pdf>
- Wright, N. T. (2003). *The Resurrection of the Son of God*. Fortress Press.